

La posguerra más literaria

LEANDRO PEREZ MIGUEL

ANTONIO PEREIRA

De niño, Antonio Pereira leía todo lo que le caía en las manos. «Nunca he creído en la literatura para jóvenes. Entonces devoraba muchas novelas extranjeras. Estaba muy influido por un colombiano modernista y preciosista del que nadie se acuerda, Vargas Vila». Hasta que descubrió a don Ramón María del Valle-Inclán. «Afortunadamente para mi salud literaria, *Las sonatas* me marcaron, sobre todo la de Otoño», recuerda este veterano narrador y poeta leonés, a quien buena parte de la crítica considera uno de los mejores cuentistas actuales, poco antes de participar el pasado miércoles en un encuentro de elmundolibro.com. Luego, en una respuesta a un internauta, añade que Valle fue su maestro literario más importante porque lo descubrió en su época «más tierna y receptiva».

De joven, en la llamada alta posguerra, el autor de *Cuentos de la Cábila*, alternaba lecturas psicalípticas con «serias». Le causó una gran impresión *Nada*, de Carmen Laforet. «Allí había otra cosa, no sabía qué, pero era otra cosa»,

Su siguiente libro fundamental es *La familia de Pascual Duarte*, de Camilo José Cela. Después, «por si el espacio (el de estas líneas) se agota», emprende un gran salto hacia el mundo hispanoamericano. «Desde luego, tengo que anotar en primer lugar a Borges, devoción que comparto con muchos de mis compañeros y que se vio reforzada por el trato personal». En segundo lugar, menciona a Juan Rulfo, sobre todo por los cuentos de *El llano en llamas*.

Y ahora, después de tantos cuentos y de tantos años (73), sigue leyendo, aunque... «del panorama actual no me gusta hablar si no es en presencia de mi abogado».